

y el Presidente se justifica en largos discursos, tras cuyos correctos párrafos la calma se restablece y se renueva el orden. Quinet presenta un proyecto de decreto, reglamentando la manera de procesar y sentenciar al Rey, decreto célebre por las muchas precauciones que toma y por las muchas reservas que hace. Todavía no se ha leído el decreto y ya se han levantado Desmoulins y Robespierre á combatirlo: el uno con sus tartamudeces, el otro con sus racionios. Pero Couthon consigue siempre sobreponerse á todos cuantos piden la palabra. Paralítico de ambas piernas, como ya sabemos, hay que llevarlo desde un punto á otro de la sala en modesto carretoncito. Aunque la Historia no lo cuenta entre los grandes oradores, ni sus discursos quedan como sabios modelos de oratoria, ni sus votos mismos le dan ningún lugar aparte; identificado en aquellos años con la escuela jacobina, todos le oyen, porque su enfermedad le atrae muchas simpatías, nacidas de la compasión y porque su voz melodiosa y su rostro heleno añaden mérito á frases un poco vulgares, empedradas siempre en tópicos revolucionarios. Hay quien dice que la grande atención, despertada por este convencional, se debió á que sus ideas contrastaban mucho con las ideas reinantes el pasado siglo sobre la enciclopedista Francia. Materialistas, ateos, enemigos del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma la mayor parte de los pensadores aquellos, dados á prestar exclusivo culto al saber y á la ciencia, Couthon aparecía metafísico, deista, cristiano, creyente; calidades todas místicas, las cuales daban sabor y dejo á su láica personal elocuencia. «Yo creo, exclamaba Couthon, en la guerra entre los cielos y los infiernos, pero creo en la victoria sobre los infiernos de los cielos». Y citamos esto para demostrar, cómo un pensador así tenía que reunirse á Robespierre y con Robespierre identificarse. Mientras los grandes generadores de la revolución, el sabio estratega Carnot, el profundo pensador Condorcet y el consumado estadista Danton, profesaban las teorías ateas del gran Diderot; Couthon y Robespierre profesaban la religión láica del gran Rousseau, contenida en los dogmas y en los cánones expuestos por la confesión del vicario saboyano. Identificado con Robespierre, Couthon tuvo que ayudarle mucho en su doble propósito de inmolar directamente al Monarca y de inmolar indirectamente á la Gironda. Conducido hasta la tribuna en su carretoncito, hablaba sentado, despertando por esto tal curiosidad y promoviendo tal atención, que no podían con él competir los primeros y más oídos oradores. «Ciudadanos, dijo, Capeto me pareció siempre reo de inenarrables crímenes, y después de haberlo escuchado, me parece, dígolo en Dios y en mi conciencia, convicto y confeso, reo de muerte. Acusado públicamente, y en esta grande acusación convencido de criminal, necesitamos condenarlo, para que ningún francés pueda exentarse de la igualdad en derechos y en deberes, á todos los franceses impuesta por nuestra luminosa República. Después de haberle oído y de haber oído á sus defensores, no tenéis más remedio que juzgarlo; y después de haberlo juzgado en el secreto de vuestro espíritu y en lo más íntimo de vuestras conciencias, no tenéis más remedio que

condenarlo. Y no creáis á quienes os recusan. La nación os ha constituido en supremo tribunal del Estado, no podéis crear jueces, pero vosotros lo sois, y jueces inapelables. por la voluntad soberana y suprema del pueblo.

Salles habló en el sentido mismo que hablara mucho antes Lanjunais y deslizó nuevas ideas á favor de la universal apelación del pueblo. Sosteniendo tal tesis, observó á la Convención que no podía reconocer su propia competencia, sin arriesgarse á una terrible alternativa. Si absolvía por misericordia y compasión á Luis XVI, seguirían á su piedad manantiales verdaderos de discordia; comentarios odiosos, capaces de despertar todas las malas pasiones en los espíritus inquietos; revueltas populares promovidas por los escándalos suscitados á la idea de una increíble impunidad; y si condenaba, como todo era de temer, á Luis XVI, había que ver la memoria de éste honrada como la memoria de un mártir; sus pretensiones transmitidas á príncipes más temibles; las repugnancias inspiradas hoy por los crímenes regios á todos los corazones; convertidas en culto religioso, alimentado con las consagraciones del suplicio. Lo más justo para él era proponer al pueblo una opción clara entre las dos penas siguientes; ó la muerte ó el suplicio. «¿No llama, continuaba Salles, vuestro interés y atención, cosa tan extraña como el silencio de los Reyes sobre la causa y sentencia de Luis XVI? ¿Creeremos, porque callan, hallarlos indiferentes á la terrible suerte de su colega? No, los Reyes tienen miras más profundas. Impórtales bien poco salvar á Luis; lo que desean salvar es la monarquía. El suplicio, aparejado por vuestros votos, paréceles indispensable á su sistema. Los Reyes de Europa quieren la muerte del Rey de Francia.» Con efecto, para muchos realistas, ya lo hemos observado varias veces, Luis resultaba demasiado constitucional. El Rey no importa, decía Cazales, hablando á lo Maquiavelo en florentinas frases, lo que importa es la realeza. En los congresos de la emigración, predominaban tantas antipatías al Rey, como en los congresos de la República. La vida de Luis únicamente fué reclamada por alguna que otra potencia neutral. Las grandes potencias, vencidas á la hora de terminarse aquel terrible proceso, no decían á este respecto una sola palabra. Inglaterra deslizó algunas frases vulgares, é hizo algunas maniobras valadies en tan extraordinario momento. Si Fox ó Grey hablaron elocuentemente sobre la causa ó sentencia de Luis no tuvieron tanto empeño en salvar al Rey francés, como en combatir al gobierno británico desempeñado en este momento por el grande y redomado Pitt. Todo cuanto la oposición inglesa hiciera, se redujo á un simple mensaje, llevado hasta protestar contra la violencia que había conducido á la persona de un Rey á las tablas de un cadalso. «La suerte de los individuos pertenecientes á una casa, como la casa de Borbón, decía Pitt, interesa bien poco en Inglaterra; sólo nos interesa el combate á muerte con la Francia revolucionaria.» La dinastía, tan acariciadora de ilusiones y esperanzas imaginarias en los colabozos del Temple, no encontraba quien la socorriese y amparase ahora en los consejos del mundo. Las palabras de

nuestro representante Oscariz, subseguidas de sabias maniobras, más se movieron á impulsos familiares propios de la dinastía Borbónica en España, muy unida con la dinastía francesa, de su propio apellido y sangre, que á grandes razones políticas. Así la observación de Salles sobre los procederes de las monarquías europeas, presentábase con una fuerza incontrastable. Y entre los argumentos dichos en aquel aquelarre de discursos, hay que recordar uno del célebre Rabaud-Seint-Etienne, quien dijo estas inolvidables palabras, transmitidas de generación en generación, con aplauso universal de la Historia: «hállome cansado de la parte de despotismo que me toca en suerte para mi desgracia. Estoy fatigado, empachado, ahito de la tiranía que ahora ejerzo, y sueño con la hora feliz, en que hayais creado un tribunal regular, cuyo sér y existencia me arranque la naturaleza y la forma de un tirano.» En esto apareció Pétion. Pocos hombres más [populares al comienzo de aquel año; pocos más impopulares al término. Sus dobles juegos en la triste alcaldía de París habíanlo desacreditado en la derecha y en la izquierda del pueblo, pues cuando todos le juzgaban en justo, él aparecía como un farsante. Converso á ideas moderadas, muy contrarias á las mantenidas en el reciente último lustro, la Montaña por tres veces ahogó su palabra.

El odio sentido contra este nombre, á quien tomaba la generalidad como un tránsfuga, se conoció en la Convención, porque Marat mismo se atrevió á ponerle su asquerosa mano encima para impedirle subir á la tribuna, mientras los montañeses clamaban en coro de vociferaciones agudas que no querían oír opiniones á lo Pétion. En vano Selles exclamó con grande oportunidad: «No deliberemos, puesto que se nos obliga por tantos energúmenos á deliberar bajo la cuchilla del verdugo.» Legendre, cuyas palabras alcanzaban suma resonancia, exclamó encarándose con Pétion: «Mira, no tenemos necesidad de tus lecciones.» «¡Abajo el Rey Jerónimo!» gritan aquellas mismas tribunas, cuyos ocupantes habían llevado en triunfo como á un Dios del antiguo paganismo al entonces divinizado y ahora maltrecho alcalde. La Gironda no pudo sufrir por más tiempo aquel encarnizado combate, donde morían, no los cuerpos, incólumes, las almas deshonradas, después de malheridas, á la calumnia y al insulto. Barbaroux se fué al asalto de la Montaña, como el diez de Agosto se fué al asalto de la Monarquía. Sus amigos más jóvenes le siguieron y le secundaron. Gestos de horror, amenazas de muerte, puñetazos de boxeadores, bofetones de taberna, se vieron en aquel santuario de las leyes. A los golpes, tan injustificados, acompañaban palabras henchidas de insultos, llamándose unos á otros, los dos bandos de la República, traidores, cobardes, ladrones, asesinos, realistas. El presidente, viendo rodar los diputados por el suelo, herirse unos á otros y patearse mutuamente, se cubre; y al cubrirse, impone un sentimiento del propio respecto á la Convención y restaura el orden. Pétion pudo continuar en calma, remedando, al dirigirse hacia los montañeses, las preguutas dirigidas por Cicerón á les cantilinaríos. Con efecto, como aseguraba el maltratado ex alcal-

de, no podían tratarse con provecho las cuestiones públicas allí donde tantos y tantos odios apartaban unos de otros á los partidos, necesitados de apoyarse mutuamente, si habían de dirigir una sociedad verdaderamente ordenada y libre. Cuando las diferencias entre los opinantes llegaban hasta creerse unos á otros en sus sendas y mutuas creencias realistas, después de haber hecho tanto por derribar la realeza, no había medio de concordarse allí, ni de dirigir los espíritus con palabras, ni los áuimos con persuasiones á una provechosa obra común. «Ciudadanos, exclamaba Pétion. ¿cómo tratáis así los intereses de un gran pueblo? ¿Cómo, siendo todos republicanos, cejáis en términos de llamaros contrarios á la libertad y devotos de la realeza? ¿No hemos jurado todos no consentir jamás ningún Monarca? ¿Quién de nosotros podría faltar á su juramento? ¿Quién querría ser Rey? Nosotros no lo queremos». «¡Nadie, nadie, nadie, grita por tres veces la Montaña, lo quiere aquí!» Entre los voceadores aparece de bulto el príncipe Igualdad, más rodeado por los intransigentes, que ninguno otro convencional. Orleans halla en torno suyo muchísimas personas, quienes lo excitan, lo aplauden lo secundan, lo sostienen. Así habla más alto que ninguno de sus colegas; dice con acento más grave y sostenido sus frases antimonárquicas, mueve sus dos manos, teniendo en la derecha el sombrero, para demostrar que nadie le aventaja en repugnancias invencibles á su propia sangre, á su propia familia, es decir, al Monarca y á la Monarquía. «No se trata, prosigue Pétion, de resolver sobre su trono ya derruido, ni sobre un Monarca ya destronado; se trata de resolver sobre la suerte de un hombre. Os habéis constituido vosotros en sus jueces, y debéis reflexionar antes de emitir un juicio, recogiendo y examinando en imparcial examen los hechos concernientes á vuestro reo, para que no lo crean vuestra víctima. Examinad antes de decidir. Muchos convencionales desean que se dé cuenta y se haga práctico el decreto en que decimos que Luis XVI sería juzgado; mas otros quieren que se decida de su suerte, pura y simplemente por hábitos de política, por la Razón de Estado. Yo pertenezco á la primera opinión, pero no debo prejuzgar ninguna. Pido, pues, que se voten las resoluciones propuestas por Couthon; pero que no se adelante ningún juicio, que á ninguna superstición se obedezca, permaneciendo tranquilos hasta la terminación de nuestra obra, el afianzamiento para siempre de la libertad y de la República».

En todos los discursos resonaban estas mismas palabras; pero, en ánimo alguno se descubría la intención deliberada y el propósito firme de cumplirlas. La sentencia y castigo del Rey se aventajaba y sobreponía de suyo á todas las demás ideas. Ni un solo convencional se atrevía entonces á decir, ni uno sólo á votar que fuera el Monarca inocente. Querían muchos exentarlo de la muerte, pero nadie quería exentarlo de la culpa. Pululaban los piadosos; mas la piedad se reducía en aquellos momentos á pedir un cautiverio menos incómodo y sombrío que las ceñudas torres del temple, ó una proscripción allende las fronteras. Variaban los sentimientos y las opiniones respecto de la intensidad en aquella

punible regia culpa; mas, no variaban al reconocer y proclamar la existencia del culpado. Sin embargo, algunas veces la Convención quería como divertirse del proceso, consagrándose á negocios más generales y útiles. Pero, bien pronto surgían los fanáticos á desconcertar habilidades tamañas con evocaciones á la causa y sentencia del Rey, demandadas con porfía y perseverancia por el pueblo. Así, flotaba sobre todas las discusiones una palabra de Saint-Just, ya registrada por nosotros, palabra inolvidable, porque Saint Just, repitiéndola en toda ocasión, oportuna é inoportunamente, hacía que no se olvidase. «Si el Rey resulta inocente, resultará el pueblo criminal. Habéis declarado guerra por modo solemne á todos los tiranos del mundo, mientras perdonáis al vuestro. La revolución francesa no habrá comenzado sino después que haya concluido el Monarca». Y si, por su parte, los furiosos no dejaban un punto de agitar espectro como el producido por la causa del Rey, los templados no dejaban un punto de agitar otro fantasma no menos terrible: la apelación al pueblo. El exaltado girondino Gensonné, hombre de acción y debate, como ningún otro, defendió la erección del pueblo entero en tribunal; y tachó de nulo el juicio y de imposible la jurisdicción por los diputadss convencionales. Su discurso apareció como un discurso de combate; mas no como un discurso de conciliación ó defensa. Cada una de sus frases iba cayendo como gotas de plomo derretido sobre los actos y los gestos del formidable Robespierre. Asaltando á éste con arma tan mortal y vedada como la ironía, dijole cómo podía tranquilizarle respecto de su venidera suerte; pues ni él sería degollado, ni él á nadie degollaría; presagio no cumplido, pues Robespierre fué degollado y degolló también á quienes le plugo degollar. Lo más terrible de su arenga fué aquella parte, muy elocuente y muy feroz, asestada, no ya contra Robespierre, sólo, contra toda su escuela filosófica y contra todo su partido militante. «Os llamáis, decía, diputados de la Montaña, como si quisierais recordar con este nombre aquel tirano de Asia, quien sólo mereció pasar á la Historia por la horda de asesinos congregada en torno de su persona, cometiendo toda clase de asesinatos en obediencia fanática y cruel á las órdenes terribles de su desatentado y sanguinario jefe.» El efecto resultó tan intenso, que la Montaña se vió en la necesidad imprescindible de apelar á su antiguo arsenal contra los girondinos, y sacó el arma de la epístola dirigida por éstos á un pintor de Cámara poco antes del diez de Agosto, encargándole pedir al Rey que se ajustase á la Constitución y se decidiese á evitar el próximo derramamiento de sangre. La carta pareció tan lógica y natural, dadas las circunstancias anteriores al diez de Agosto, que no pudo extraerse de su contexto una tangible acusación á la Gironda; pero sí pudo moverla é impulsarla más que antes contra el Rey, con ánimo de dar esta fianza de su fidelidad á la República y al pueblo. Así, á cada momento, perdía la solución girondina su fuerza. Bien es cierto que apelar al pueblo presentaba una serie de inenarrables peligros, sublevando todas las secciones municipales, convertidas en asambleas constituyentes; poniendo de nuevo á discusión la República; y dando un espacio

libre á los aristócratas para que pudiesen ejercer sus malos instintos y fomentar de un modo desatentado la reacción; pues, mientras los pobres trabajadores pertenecientes al partido republicano estaban en la imposibilidad absoluta de abandonar sus tareas diarias, los ricos y potentados emplearían sus ocios en divinizar la realeza y destruir la democracia, cosa fácil cuando se entregaban las almas simples al dédalo de todas las intrigas, cuando cada Congreso popular, separándose, como un aerolito errante de su centro, del centro nacional, de la Convención, para engendrar esas febriles anarquías precursoras necesarias del más feroz despotismo.

Mis ideas sobre las apelaciones al pueblo, tienen una claridad tan irrefragable, que las admitían y las propagaban hasta los republicanos más radicales. En prueba de mi aserto citaré unas palabras de Marat, las cuales parece imposible hayan podido caer del labio de aquel hombre. «Dicen los girondinos ser la soberanía inalienable. Ya lo creo. Mas ¿llaman ellos enagenación de la soberanía popular al uso de poderes que ha delegado esta soberanía y al cumplimiento del ministerio que esta soberanía ha dado? En un gobierno establecido sobre tales máximas sería indispensable para todos el concurso de todos, y siempre que se quisiera deliberar sobre las cosas más pequeñas, regalo de una espada, creación de un procurador, venta de cualquier choza nacional, tendríamos que convocar las asambleas primarias. Quien desconoce que tales máximas son opuestas á todo gobierno representativo y que en un estado de alguna extensión jamás traerán otra cosa que la más horrible anarquía, desconoce por completo y en absoluto la política. Ciertamente que la ley debe ser expresión de la voluntad general, mas de la voluntad muy esclarecida y fundada sobre los principios de la razón eterna, pues un decreto evidentemente injusto, aunque fuese por el pueblo sancionado, injusto quedaría. El régimen representativo es el único régimen posible dentro de un gran Estado, que desea mantener la unidad del gobierno. Nada tan ridículo como una grande nación, á la continua convocada y reunida para deliberar sobre los acuerdos de los representantes, por mínimos que fuesen. La maza de Hércules movida contra una mosca daría una débil imagen de tal insensato acuerdo. Si cada miembro de una grande asociación política se ve llamado á estatuir sobre todo aquello que á la asociación entera concierne, cada partícula del Estado se convertirá en centro, cada individuo en legislador, cada primaria y popular asamblea en asamblea constituyente y nacional. He ahí todo padre de familia, todo mercader, todo artesano, todo agricultor, todo jornalero, constreñido á dejar el cuidado de sus negocios, abandonando carreta y talleres y oficios para ocuparse tan sólo en cuestiones políticas, económicas y militares de que no entiende una sola palabra. Realizad por algunos meses el sistema de apelación al pueblo y bien pronto la tierra se cubrirá de abrojos, la humanidad morirá de inanición y el Estado se trocará en desierto. Fuí el primero, entre los escritores avanzados, en proclamar la sanción de los códigos por el pueblo, pero limité y restringí este derecho á los códigos cons-